EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM. 13728

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

JUEVES 29 DE AGOSTO DE 1907

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: *Mr. A. Lorette*, 14, rue Rougemont; *Mr. J. Jones*, 31, Faubourg-Montmartre.

LA FIESTA DEL ARBOL

Para "El Eco de Cartagena"

No pasa día sin que en periódicos, revistas y conferencia se lamenta con razón sobrada, del estado de decaimiento de nuestra Agricultura; sin que se estudie, discutan y propagan distintos medios y reformas para levantarla al nivel que requieran la bondad del clima, y las excelentes condiciones de nuestros suelo, y sin que se recuerde en variedad de tonos y de conceptos, que naciones grandes un día, son hoy, naciones muertas, por no haber querido respetar los bosques; y sin embargo, una gran parte de las montañas españolas, presentan un aspecto desolador, desprovistas de toda masa arbórea y de toda vejetación; pasan por delante de nuestros ojos, campos yermos y abandonados; inmensidad de tierras sin cultivo y destinadas solo á pastos; comarcas enteras sin un árbol que cobije á los pájaros y que abrigue y preserve al hombre de los ardientes rayos del sol; tenemos que no prestan utilidad alguna á los que diariamente solicitan un mezquino recurso para ganar su sustento, ni contribuyen en lo más mínimo, al sostenimiento de las cargas del Estado.

Algo han hecho los Gobiernos para impedir que ese decaimiento se pronunciara y aun, para remediar los males que ocasiona.

Apesar de sabias disposiciones dictadas, y á virtud de las cuales se debió, sin duda el estado de prosperidad de nuestra agricultura durante el siglo XVI, se sucedieron otros gobiernos, que olvidando aquellas medidas de previsión dictaron nuevas disposiciones, á cuyo amparo surgieron ideas contrarias á la conservación de los bosques, determinando una corriente que todo lo avasallaba y que dejó á nuestros montes, campos y llanuras, en un estado tal de abandono, que ha sido con seguridad una de las principales causas de la decadencia de nuestra nación.

Es necesario que se recurra á arbitrar los medios que destruyen el germen de ese mal, objeto hoy de preocupación unánime, y se consiga el desenvolvimiento de los trabajos forestales.

No debemos esperarlo todo de la bondad de nuestras leyes y de nuestros gobernantes; antes al contrario, precisa que cuantos posean montes sin árboles, terrenos sin cultivo, prados y dehesas sin vejetación, despierten y abran los ojos á la realidad.

Instaurada ya en España la Fiesta del Árbol se dictaron disposiciones, por las que se declaró oficial dicha fiesta, concediendo premios á las Diputaciones y Ayuntamientos que acreditasen haber hecho determinadas plantaciones.

Es necesario que todos procuremos infiltrar en nuestras costumbres populares la idea de la Fiesta del Árbol, y que estas ideas encuentren eco en la masa general del país coadyuvando á los propósitos del legislador y á los mandatos de la Ley.

Nosotros creemos hallar en los niños un elemento poderoso y eficaz para familiarizar y arraigar dichas ideas, porque aunque á su tierna edad tal vez aun no las comprendan, como dice con razón el P. Coloma, «es necesario sembrar en los niños la idea aunque no la entiendan; los años se encargarán de descifrarlo en su entendimiento, y hacerla florecer en su corazón»; encuentra en los maestros un sostén inapreciable para enseñarlas, y recurre á la Iglesia y al Estado y á todas las clases sociales, sin distinción de categorías, para que con su valer y sus energías, contribuyan á propagar sus ideales.

En otro número seguiremos ocupándonos de esta interesante asunto.

E. Miralbell

Páginas literarias

EL CUENTO DEL NOVIO

Ya lo sabía el padre, ó, lo que es lo mismo, el señor Manuel, rico hacendado de mi tierra...

Ya lo sabía, que los muchachos se querían.

Santiago acudía todas las noches á la tertulia de viejo que tenía el padre al amor del fuego, ante la ancha y alta chimenea en que ardían los haces de sarmientos y los troncos de chopo.

Y Mariquita, esquivando las miradas de su padre, bordaba el gorro de cañamazo que había de regalarle el día de su santo, y miraba de vez en cuando á Santiago, que desmenuzaba el tabaco que en un periódico tenía entre las piernas, haciendo lentamente cigarrillos...

Y esto duró un invierno, en el cual los chicos apenas se hablaron; porque el padre era muy severo, y la chica no salía sino con él, ¡y con él á misa, y con él á paseo, y con él á la era, y con él á ver coger la oliva, y con él á la procesión, y al baile del alcalde, y á confesar y á todo!

De modo que los corazones se entendieron, los ojos se hablaron, pero no hubo más trato que ese de decirse palabras sueltas delante de la gente.

De escribir no hablemos, porque Santiago no pudo lograr que ningún mozo, ni criada, ni peón, como decimos por allá, llevase ni trajese una cartica. ¡Bueno era el señor Manuel! —¡A tozoladas los hubiera matado!

De Santiago sabía todo el mundo que había estudiado en Zaragoza y acabado su carrera de médico y vuelto al pueblo hecho un doctor á los veinticuatro años. Pero daba la casualidad de que en aquel pueblo tan sano y tan sobrio nadie se ponía malo, ni se moría ningún vecino más que de viejo, y eso á fuerza de ruegos para no estorbar y Santiago no ganaba un cuarto.

Pero ya se sabía que era económico, ahorrador, y que allí donde había una peseta perdida él se la encontraba. Hormiguita para su casa.

Y la chica del señor Manuel debía tener mucho dinero según decían.

Ello fué que al fin de aquel invierno, el señor Manuel llamó una noche á Santiago, y después que se acabó la tertulia, se encerró con él y le dijo:

—Mira Santiago, en los pueblos hay *mu* malas lenguas, y á mí no me gustan las murmuraciones, y ya estámos en que si dicen ó no dicen que *festejas* con la María. ¿*Festejas* ú qué?

Santiago, feliz al ver que le abrían camino respondió:

—Sí señor.

—Bueno, pues mira, yo creo que tu eres *trebajaor* y persona decente; que no tienes padre ni madre, ni perrico que te ladre, y que te conviene *casate*.

—Sí señor, y con una mujer como su hija de usted.

—Pues aquí se vá á arreglar esto. Mi María *tie* diez y nueve años, sabe caser, guisar, planchar, bordar, hacer *mandiecios* y gobernar su casa. ¿Te conviene?

—¡Ya lo creo señor Manuel!

—Bueno. Es buena cristiana, no tiene amigas encismadoras ni lagoteras, está acostumbrada á no salir más que conmigo, y hablar muy poco, como quién dicé nada. ¿Te conviene?

—¡Que sí señor!

—Yo le daré treinta *mil* duros de dote, y además viviréis conmigo hasta que yo muera, y luego *sus* lo dejaré *tóo*. ¿Te paice bien?

Santiago á punto de desmayarse de placer, respondió temblando de emoción:

—Sí señor; ¡sí!

—Bueno. Pero ahora te voy á decir lo *prencipal*, y es que la María... es *tonta*, pero tonta négada y rematada; y un padre no tiene *pa* qué engañar á *naide*. ¿Te conviene *pa* mujer siendo tonta?

—¡¡Y aunque no lo fuera!! contestó Santiago.

Y se casaron á los veinte días.

Eusebio Blasco.

NOTAS ALEGRES

LAS CABAÑUELAS

Apesar de los muchos días de abstinencia que llevo, no he podido averiguar en qué consiste eso de las cabañuelas.

Por más que sacrifico el estómago y preocupo mi imaginación no he podido penetrar en el secreto.

Es para mí este asunto un abismo insondable y por más sacrificios pecuniarios y corporales que hago, no doy, como vulgarmente se dice, en el clavo.

Me quedo más inmóvil que un mosquito preso en tela de araña, al oír á ciertas y determinadas personas más serias que la funda de un paraguas, las cábalas y combinaciones que forman con la observación de esos fenómenos atmosféricos denominados las cabañuelas.

Estas, según los inteligentes, tienen dos partes.

Individuo conozco yo, que después de cenar su indispensable gazpacho, sale con su catre de bolsillo en dirección á la plaza de España y allí con permiso de los empleados del pincho y de los del chuzo, se pasa la noche observando el retorno de las dichas cabañuelas, para decir luego si en el mes de Diciembre se sentirá frío, ó el precio que las bellotas pueden tener la víspera de Nochebuena.

Hoy con esto del jabón de palo y el Esperanto, todo se adivina.

El que está muy preocupado con esto de las cabañuelas, es un amigo mío, que desde que empezaron los acontecimientos de Casa-Blanca ó Cuesta blanca, solo se ocupa en tocar el wals de las olas en un pito de caña, y ni come, ni bebe, ni duerme, observando la bóveda celeste.

Anoche me decía: es tal la seguridad que tengo en mis observaciones astronómicas, que dentro de pocos días tiene que llover copiosamente, pues además de haber visto con montera el cabezo de Roldán, los callos no me dejan vivir.

Siento en ellos unos latidos que parecen descargas eléctricas.

Dejemos á estos astrónomos caseros, con sus actuales observaciones sobre el paso de las indicadas cabañuelas, dejemósle telescopio en mano mirando al cielo, y esperemos la lluvia benéfica que tan necesaria es para los campos y tan perjudicial para los terrados de láguena con goteras.

Quedo pues, sin averiguar la influencia que pueden tener las cabañuelas en los momentos actuales y se retira con permiso de ustedes.

OTEMA.

DEL DÍA

CRONICA

El día de ayer pálido y tristón, la atmósfera calginosa y bochornosa, las nubes ligeras estorbándonos la luz del sol, pero no el calor, que ha sido temible y *pegajoso*, como el vulgo dice, sólo incitaban á soporífera siesta, al *dolce far niente* y á remojar el cuerpo en las frescas aguas del mar.

En ciertas horas del día podemos asegurar que el nivel de las aguas del mar ha subido bastante, gracias al volumen de los innúmeros bañistas.

Toda la clase baja, toda la gente del arroyo huía de sus estrechas viviendas y se lanzaban al mar por el balel para poder vivir, porque el cálido ambiente axfisiaba.

¡Cuántos bendecían ayer al inventor del hielo artificial!

¡Cuántos pensaban ayer agradecidos levantarle una estatua al primer fabricante de botijos de barro!

Individuo conozco que le ponía á la sopa del cocido trozos de hielo.

Ayer se ahogaban de calor hasta los *frescos*.

¡Con qué tristeza pensaba yo en los obreros agrícolas y cuán propiamente podrán decir que ganan el pan con el sudor de su rostro!

La noche fué tibia y serena, el calor apenas aminoró un poco por la humedad de las noches estivales.

Cuántos pensarían ayer que el pez es más feliz que el hombre; mientras éste está sujeto á las variaciones atmosféricas, aquél está siempre á una misma temperatura: cuando se hielan las capas superficiales, baja á las más profundas y siempre á igual temperatura.

Con esto del calor horrible que hace, hay periodistas que están que les *arde el pelo*.

Porque dicen, y con razón, que los fondos que tiene la Asociación de la Prensa debían emplearse en ventiladores para las redacciones, porque hay algunas (*pongo por caso*) en las cuales con el calor está uno siempre *acalorado*.

En estos días se explica uno las excursiones al Polo Norte.

Y la *frescura* de ciertos individuos.

Lo que no se explica uno es el *calor* de las discusiones.

Ni el *ardor* de las pasiones.

Y en medio de una atmósfera tan caliginosa y de un ambiente tan cálido, solo sueña uno en las regiones de las nieves perpétuas.

Cristián.

Fuera de España

Una prisión modelo

La prisión de Thornberg merece, en verdad el nombre de prisión modelo. He aquí como se hallan distribuidas las horas del día para los presos.

7 de la mañana.—Diana. Agua caliente para el aseo. Limpieza de las celdas.

8 de la mañana.—Desayuno: café con leche con panecillo y licores.

9 de la mañana al mediodía. Recreo al aire libre en los grandes patios de la cárcel.

12 del día.—Comida: sopa, asado con legumbres, postres, café y licores. Cada uno de los presos tiene derecho á medio cuartillo de vino en esta comida.

1 de la tarde.—Paseo por el campo y merienda en un café.

6 de la tarde.—Cena, juegos de cartas, tabaco y licores.

9 de la noche.—Descanso merecido.

¡Cuántos hombres «libres» estarían

Aprovechamos para encender un cigarro un momento en que el coronel pasó á retaguardia de la columna. Pero estaba escrito que nada nos había de salir bien aquel día. Von T... volvió á la cabeza de la columna con tal rapidez que vió mi cigarro ántes de que tubiese tiempo para tirarlo.

Esperaba otra tempestad, pero ya había pasado su cólera y se limitó á interpelarme así:

—¿No prohibe el reglamento á los presos fumar?

Interpretamos estas palabras como permiso concedido por extraordinario, y confundimos humeando como locomotoras.

Sabíamos cuanto gustaba al coronel oír cantar á los artilleros cuando volvían de ejercicio, y los cuatro presos resolvimos entonar á voz en grito uno de los *lieds* de la brigada. Un momento después, todas las baterías cantaban con nosotros.

Una vez lanzados, risas y cantos continuaron hasta W...

En el glacis se separaron las baterías, y los artilleros volvieron á sus alojamientos.

Nosotros tuvimos que atravesar la ciudad con nuestra escolta de honor, para saborear hasta nueva orden las dulzuras de la prisión.

Tan perfectamente conocíamos esos fines de establecimientos filantrópicos, que, al llegar á la plaza del Mercado, decidimos á [illegible]

vejque hablar, aunque con sentimiento, de la buena Margarita y de las libertades que se tomó con ella el oficial; Feind estaba sobre ascuas.

—¡Bravo! ¡bravo! —exclamó el Viejo.—Ved qué hermosa historia. Es indispensable que conozca el nombre del oficial. Margarita, decidme la verdad, ó mando cerrar la cantina, porque faltando á mis órdenes, habeis dado bebidas á los jóvenes.

—¡Ah! Herr cordoel, contestó la cantinera, no es culpa mía si los Herrs oficiales y soldados vienen á mi cantina.

—¡Vamos! ¡vamos! —dijo el Viejo,—¿quién era el oficial.

—Herr coronel, el Herr capitán Feind.

—¡Co-o-o-como! —exclamó el coronel levantado de pié á cabeza al capitán.—¿El Herr capitán Feind?

—Sí.

—¿De la batería á caballo número [illegible]? Feind estaba centinela y [illegible] incomodado [illegible].

En esto llegó la guardia y nos llevó al parque para quedarnos en él hasta que nos mandaran á la fortaleza de W.. Aún oímos la voz del coronel. El ruido iba en *crescendo*, hasta que estalló verdadera tempestad, probablemente sobre la cabeza de nuestro querido Feind.

Las baterías estaban casi concluidas, y ya de-